



Asignatura Pendiente

Marco Antonio de la Parra C.
Dramaturgo

La pequeña historia de Chile fue escrita con el respaldo de una beca de la Fundación Andes durante el año 1994. La idea se había gestado mucho antes, incluso antes de viajar a España, a fines de los años 80. Tenía ganas de trabajar con los profesores de Estado como depositarios de la simbología y la iconografía nacional, como portadores del espíritu de la nación, como maltratados representantes de una idea de país que se veía en retirada, amenazada, restringida por los cambios radicales vividos por Chile en las últimas décadas.

Aparte, ya sentía que la Historia de Chile era la asignatura incontable, sobre todo la Historia de Chile Contemporáneo que, poco a poco, ha sido una de las dos líneas fuertes de mi actual escritura, tanto dramática como narrativa. El viejo tema de la identidad, que tanto nos duele. Chile como región en duelo constante que vive la modernización como un permanente dejar de ser, sin saber bien quién se es realmente.

Como la mayor parte de mis piezas teatrales, partió de una imagen: el mar de pupitres entre los cuales naufragaban esos profesores de Estado con los dedos corroidos por la tiza y los trajes sucios y los punteros y los libros de clase bajo el brazo (un poema de Nicanor Parra se desfiguraba en mi memoria). De hecho, me influyó cierto encuentro con la Pina Bausch en Madrid y las fotografías de los espectáculos de Kantor (en Chile se vive de registros y copias de ese tipo; hemos fantaseado el arte occidental más que sufrir sus influencias de cerca).

Por otra parte, jamás había escrito bajo los

efectos de una beca y, la verdad sea dicha, resultó perturbadoramente estimulante. Estaba ya envuelto en un trabajo dramático muy experimental con Coca Guazini, Paulina Urrutia y Alex Zisis, del cual salieron varias escenas, algunas en conexión con **La pequeña historia de Chile** que fueron tomando otro rumbo, el de sumergirse en el dolor del amor, la ilusión, la fragilidad de las relaciones humanas, el equívoco constante, la pregunta de Raymond Carver: *¿de qué hablamos cuando hablamos de amor?* y una continua referencia a las artes plásticas como fuente de inspiración. De ahí salió **El continente negro**, en que trabajé el lenguaje elusivo y la narración (es decir, dejando islas flotantes con gran parte del argumento sumergido) y comencé una investigación sobre la estructura narrativa del sueño y del mundo interno que produjo la estremecedora reescritura de Shakespeare en **Ofelia o la madre muerta** y ese semi cuento oriental mezclado con crónica roja de **Lucrecia & Judith (Comedia sin cabeza)**. Todo superpuesto, asaltado por las voces y los personajes, excitado por la beca que me abrió como un geiser de imágenes tras algunos años de meditación más bien escuetos.

Tal como estas obras, **La pequeña historia de Chile** fue escrita un poco en trance. Entrevisté profesores de historia y de filosofía, ambas disciplinas puestas en tela de juicio por el cambio del sentido de enseñar y aprender, de la misma manera que el mismo rol de profesor, puesto contra la pared tras la inundación de los multimedia que han obligado a redefinir el espacio de la sala de clases como lo han hecho con la sala de

teatro. Tomé largos apuntes, releí la historia de Chile, la de los textos. Recordé los actos cívicos, la retórica del magisterio, su gestualidad, la liturgia de cada hora de clases.

En este punto, como ven, estaba uno de mis blancos de interés: el profesor como actor y su narración como drama, como acto dramático: vivir para narrar. La Gran y Oficial Historia de Chile como el drama incontable que transforma la vida cotidiana del profesor de Historia en la pequeña y verdadera historia del Chile con minúscula: la supervivencia, la perplejidad, el relato inaudito, el oficio imposible. Guías de la juventud, ejemplo de las nuevas generaciones, guardianes del saber, esas cosas terribles que se dicen de los profesores y que no se compadecen del trato económico y social que han ido recibiendo en las grandes ciudades.

Confieso que, a pesar del humor de la obra, contiene un enorme cariño por una de las tareas más hermosas que puedo concebir, la de enseñar. Cada vez que he podido me he acercado a la docencia, a esa relación amor-odio con el alumnado que quiere aprender y al mismo tiempo quiere permanecer ignorante. Combate amoroso, despertar de la curiosidad, tolerancia al debate, apertura de puertas y horizontes y caminos. Algo de eso tiene el oficio de psicoterapeuta, también actor en el sentido de buscar la verdad última, la otra, la que no dan las meras palabras, con el uso del tiempo, el gesto y el espacio.

Como en todas mis obras, el que habla soy yo, el que no sabe si tiene algo que decir, el que no sabe qué se puede decir sobre Chile, el que al hablar de Chile no

sabe de qué está hablando. No sé si Chile aún existe, en verdad. Ha habido varios Chiles en mi memoria. Países triunfadores, derrotados, resignados, revolucionarios, sometidos, peligrosos, pacíficos, modernos, anticuados, dejados de la mano de Dios, iluminados por el destino, frustrantes, prometedores. Tantos barrios, tantos proyectos. Un sueño dentro de un sueño dentro de un sueño.

En este sentido, tal vez, **La pequeña historia de Chile** sea alguna parte de una trilogía o algo así que comienza con **Lo crudo, lo cocido, lo podrido**, donde también había una secreta explicación de las cosas y un intento de paranoica revisión de la historia. Si **Lo crudo...** era el pasado decrépito, **La pequeña historia...** es el presente incomprensible. Confieso que dos piezas a medio hacer disputan su existencia para completar esta saga, pero no hablaré de ellas pues aún no encuentran su forma definitiva. Tienen que ver con el relato privado y subterráneo de Chile. Tal vez en otra beca. Mientras tanto, **La pequeña historia de Chile** aguarda su puesta en escena, que imagino en una sala de clases tapada de pupitres, rodeada de pizarrones, con estrechos pasillos que obligan a una extraña danza de actores y espectadores.

El premio del Consejo Nacional del Libro 1994 (compartido con **La catedral de la luz**, esa bella y delirante pieza de Pablo Alvarez) fue otro gran estímulo. Espero el veredicto del público, el de nuestro público, expuesto ante esta pieza que tanto tiene que ver con nuestra clase media, con nuestra historia mediana y mediocre y sus ocultas grandezas. Las que, más que nunca, necesitamos que se nos develen.